

# La formación del actual pueblo de Toconce (Siglo XIX)

JOSE LUIS MARTINEZ CERECEDA  
Instituto de Historia, U. Católica de Chile, Santiago\*

## RESUMEN

Se presentan los datos que permiten sugerir un poblamiento reciente del actual pueblo de Toconce, precordillera de la II Región, por habitantes tanto del altiplano boliviano, Lipez, como de la comunidad de Aiquina. Se discute la antigüedad del actual poblado y se revisa la información etnográfica y documental relativa al proceso de nucleamiento de ese asentamiento.

## ABSTRACT

*The population of Toconce, precordillera of Antofagasta, Chile, is discussed. Ethnographical and documental sources suggest a recente settlement of peoples moving to the place west and east Aiquina and Lipez, Bolivia, respectively.*

## Introducción

La cuenca del río Salado, en la precordillera de la II Región, ha llamado la atención de antropólogos y científicos sociales. De esta preocupación ha ido resultando un interesante corpus que combina la data arqueológica con la etnográfica, etnohistórica, lingüística, etnobotánica, etc.<sup>1</sup>

Durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío, se emplazó en partes de esta área, una sociedad que los arqueólogos han denominado "Fase Toconce" y que adscriben a un origen altiplánico (Castro *et al.*, 1979; 1983 Ms). Esta fase se caracteriza por un patrón de asentamiento que pareciera combinar las técnicas pastoriles con las agrícolas y que daría lugar al surgimiento de "sitios-núcleos" y de otros emplazamientos menores, ligados a aquellos (Aldunate y Castro, 1981; Berenguer *et al.*, 1984).

Los hombres de la "Fase Toconce" parecieran haber logrado una importante productividad agrícola, compartiendo en ciertos momentos, algunos espacios con grupos pertenecientes a otras tradiciones culturales, particularmente a aquellos provenientes de los oasis y del desierto (e.g. Lasana, San Pedro y Chiu-Chiu), lo que se puede percibir en los sitios arqueológicos de Turi y Topaín (Bittmann *et al.*, 1978; Castro *et al.*, 1983 Ms.).

Algunos trabajos recientes de etnohistoria recogen parte de la problemática planteada por los arqueólogos. Intentan acercarse mejores definiciones de las identidades étnicas precisando los desplazamientos y contactos de los diferentes grupos que habitaron esta región (Hidalgo, 1982 a; 1984). Hay una tendencia, sin embargo, de parte de algunos estudiosos no sólo etnohistoriadores de adscribir genéricamente las poblaciones que habitaban la cuenca del Salado durante el período Colonial y el Republicano boliviano, a aquellos grupos que se ubicaban en la hoya del Salar de Atacama, generalizando así una denominación de "atacameño" por la mayoría de aquellos

\*Casilla 114-D. Santiago, Chile.

<sup>1</sup>En arqueología podemos señalar los trabajos del Grupo Toconce (e.g. Castro *et al.*, 1979; Aldunate y Castro, 1981; Aldunate *et al.*, 1982; Berenguer *et al.*, 1984), en etnohistoria, los trabajos de J. Hidalgo y Casassas, citados en este artículo, en Lingüística, los de Lehnert (1978; 1981) y Bahamonde (1978) y otros; en etnobotánica, Aldunate *et al.* (1981) y en antropología, Valenzuela (1969-70) y Gómez (1980), dan un buen ejemplo de esto.

habitantes que residían al sur del río Loa, olvidando o minimizando la importante presencia de los elementos altiplánicos allí (Casasas, 1974 a; Lehnert, 1978).

Los antropólogos, por último, reconocen que una parte significativa de la actual población de la subregión pareciera tener una raigambre también altiplánica, aun cuando queda abierta la discusión sobre la periodificación de esta presencia y su extensión y probable relación con lo que se ha dado en llamar “atacameño” (Valenzuela, 1969-70; Gómez, 1980; Aldunate y Castro, 1981; Aldunate *et al.*, 1982).

Resumiendo lo anterior, podríamos señalar que tanto arqueológica como etnográficamente, se reconoce en la subregión del río Salado, el asentamiento de poblaciones o grupos que aparentemente provienen de distintas áreas y que serían portadores de tradiciones culturales diferentes. La etnohistoria ha empezado a reconocer igualmente esa diversidad y creemos que este reconocimiento tardío se debe más a la pobreza de las fuentes que a problemas de enfoque. Con todo, si bien arqueológicamente se ha avanzado en la determinación del carácter concreto de lo “altiplánico” en el caso concreto de los sitios de la “Fase Toconce”, resulta claro que esa es aún una tarea pendiente en cuanto a otras áreas de la subregión (e.g. Aiquina o Caspana) y que, para los antropólogos, etnohistoriadores y otros estudiosos, en los períodos y materias que les corresponden, es una tarea urgente a emprender. Podría señalarse una situación similar con relación a lo “atacameño” en la cuenca del río Salado.

Los arqueólogos del Grupo Toconce, a partir de la aparente identidad y continuidad cultural existente entre la actual población de origen altiplánico, con aquella que ocupó los sitios de la “Fase Toncoce”, han planteado la validez del uso del método histórico directo, sobre todo por la pervivencia de algunas antiguas tradiciones en Toconce (Berenguer, 1983). Las analogías construidas hasta ahora, sin embargo, son fundamentalmente de tipo general, puesto que aún se trabaja en la búsqueda de vínculos más directos entre los asentamientos arqueológicos y los etnográficos (Castro *et al.*, 1979; Berenguer *et al.*, 1984:207, nota 5).

El presente trabajo se ubica, entonces, en la siguiente perspectiva. Por una parte, contribuir al debate de los procesos de poblamiento acaecidos en la cuenca del río Salado y avanzar en lo posible en la precisión de sus identidades étnicas. Por otra, aportar antecedentes que permitan reforzar o rediscutir las analogías construidas a partir del empleo del método histórico directo.

Si bien esta es la perspectiva general, nuestro trabajo alcanza aquí niveles mucho más humildes. Nos limitamos a presentar algunos de los materiales obtenidos en el curso de nuestras investigaciones y a proponer una discusión inicial sobre los mismos. Ellos se refieren, en este caso, únicamente a determinados elementos de los procesos históricos y sociales que dieron por resultado la formación aglutinada del actual pueblo de Toconce.

La información fue recogida durante dos estadas en la comunidad de Toconce (abril y noviembre de 1984) y en los archivos de Santiago y Calama. Una parte importante de los datos etnográficos utilizados aquí, ha sido obtenida por mis colegas del Grupo Toconce, en el transcurso de su ya larga presencia en la zona.

Una última observación. Hay una diferencia importante en el aporte de las fuentes utilizadas. Los repositorios documentales de la región, además de tardíos son —por lo general— muy pobres (Casasas, 1974 b y c; Hidalgo, 1978), a lo que debe sumarse el poco interés que la cuenca del río Salado y su población indígena pareció tener para los burócratas tanto de la república boliviana como de la chilena<sup>2</sup>. En contraste, los pobladores de estas comunidades guardan una rica tradición oral conservada con gran respeto y cuidado. Ha sido apoyándonos en esa narrativa y contrastándola con la escasa documentación escrita, obtenida hasta ahora, que hemos podido avanzar en esta tarea; de allí que en algunos pasajes se percibe una mayor elucubración. Asumimos el riesgo que esto implica.

### El patrón de residencia

En la subregión del río Salado (Castro *et al.*, 1984 Ms), se ubican los poblados de Aiquina (3.000 m.s.n.m.), Caspana (3.260 m.s.n.m.), Cupo (3.650 m.s.n.m.) y Toconce (3.350 m.s.n.m.). A

<sup>2</sup>Cajías (1975); Informes anuales de los Intendentes del Territorio del Litoral Norte (después Provincia de Antofagasta).

estos centros habitados hay que agregarles otros nichos ocupados, de acuerdo a sus dimensiones y productividad, en forma más o menos permanente. Entre ellos se puede mencionar las vegas de Turi (3.000 m.s.n.m.) y Paniri (3.200 m.s.n.m.) los pastizales del Tatio (ca. 4.230 m.s.n.m.) y Línzor (ca. 3.800 m.s.n.m.) y en el centro agrícola de Patillón (ca. 3.500 m.s.n.m.), por sólo mencionar algunos.

Entre todos estos lugares, los pobladores andinos fueron estableciendo una red de relaciones y tipos de ocupaciones, un modo de explotación de los recursos naturales y un manejo de los espacios productivos. Se desarrolló por otra parte, una ideología que no sólo permitió un conocimiento "ordenador" de esa realidad, sino que posibilitó su manipulación en términos que creemos no conflictivos (Aldunate *et al.*, 1981, 1982; Gómez Parra, 1982; Berenguer *et al.*, 1984).

Sin perjuicio de algunas diferencias, producto de situaciones geográficas específicas como la cercanía a centros urbanos o prestigiados, y demográficos particulares, nos atrevemos a postular, como hipótesis de trabajo por el momento, que se conformó en la cuenca del Salado un patrón de residencia que no difería demasiado entre una comunidad indígena y otra. Esto no implica que todas las comunidades de la subregión estuviesen en realidad organizadas de manera exactamente igual, en cuanto al manejo de recursos y al acceso diferenciado a nichos ecológicos. Lo que postulamos es que estas comunidades conceptualizarían de manera similar su relación con el entorno, la cual se constituiría en la "norma" ideal.

Hasta hace pocos años el patrón de residencia tradicional implicaba que además de tener sus casas en el poblado respectivo, los habitantes de la subregión residían en estancias, lugares generalmente más altos y bien provistos de pastos, en los cuales se criaba el ganado. Paralelamente, los lugareños tenían acceso a uno o varios espacios agrícolas. En algunas oportunidades se da la coincidencia de que en un mismo lugar se combinen pastos y agricultura pero, hasta donde sabemos, esto no es muy frecuente (Aldunate y Castro, 1981). De acuerdo a nuestros informantes, era la posesión de tierras cultivables, con todos los trabajos colectivos de mantención que ello genera, la que proporcionaba la adscripción de un individuo a determinada comunidad. No así el uso de los pastos, que no generan obligaciones recíprocas y que aún son considerados "de todos"<sup>3</sup>. Hasta ahora cada comunidad tiene sus propias tierras de sembrío, algunas de las cuales quedan dentro de los límites del poblado mismo y otras a varias horas de camino (Valenzuela, 1969; Gómez, 1980; Aldunate y Castro, 1981). Hasta donde lo hemos podido detectar, tanto las estancias como los nichos agrícolas quedaban a distancias no mayores de dos días de camino a pie.

Los propietarios de tierras cultivables, aun cuando no vivían en el pueblo y pasaban la mayor parte de su tiempo en alguna estancia o en otra chacra, se reconocían como integrantes del núcleo al que pertenecían las tierras que trabajaban. Este núcleo proporcionaba el gentilicio.

Los poblados —por este patrón de residencia— no estaban permanentemente habitados y funcionaban también como lugares en los que se realizaban las actividades religiosas más importantes tanto comunitarias como individuales con ocasión de las cuales se congrega la mayoría de los habitantes. Todo ello, aparentemente sin llegar a la sacralización del lugar que parece caracterizar algunos pueblos aymaras de Tarapacá, por ejemplo<sup>4</sup>.

Un aiquineño podría no haber vivido nunca en Aiquina en forma permanente, sino en Turi o Paniri (vegas que pertenecen a Aiquina), residiendo ocasionalmente en el pueblo con motivo de las labores de siembra o cosecha y para asistir a las fiestas religiosas. El se considerará y será considerado como aiquineño, sin embargo, en tanto colabore con las tareas colectivas que

<sup>3</sup>Hay aquí un matiz que no podemos aún precisar. Los pastos de las estancias actuales de Toconce son considerados como de la comunidad, sin embargo, nos dicen antes cualquiera podía llegar a ellos y ocuparlos con sus ganados. Actualmente hay lugares de pastos en los que pueden descansar las recuas de la gente de otros lados y que no son exclusivos. No sabemos si por el derecho a este uso se paga algo. ¿En qué momento un terreno de pastos cambia de categoría y pasa a ser únicamente de la comunidad?

<sup>4</sup>Pensamos que hay diferencias sustanciales con pueblos como Isluga, por ejemplo. Si bien algunos autores han planteado una posible sacralización de Aiquina (Gómez, 1980: 45), nos parece que, en virtud de los antecedentes que la mencionan como un centro habitado durante los siglos XVII al XIX, su actual despoblamiento y funcionamiento como centro ceremonial con motivo de las fiestas de la Virgen de Guadalupe, responden más bien a una dinámica actual, en razón de un despoblamiento y de su propia migración y no a una urbanización especialmente concebida como sagrada.

demanda la agricultura (*e.g.* limpia de canales) y con algunos de aquellas que se originan en el sistema de cargos.

Las estancias y tierras agrícolas forman parte del espacio de cada comunidad y se considera dentro de los límites de ésta, siendo reconocidas por los demás pueblos.

Si en los poblados mencionados la construcción es aglutinada, no ocurre lo mismo con las estancias y chacras, de poblamiento disperso. Dependiendo de la extensión y riqueza del lugar, en una estancia o centro agrícola residirán y/o explotarán sus recursos, una o más familias. Al interior de cada estancia o tierra de labranza se reconoce un espacio ordenado; están sectorizados y cada familia o grupo reconoce como propios algunos lugares y terrazas (V. Castro y C. Aldunate comunicación personal, 1984)<sup>5</sup>.

El acceso simultáneo a todos estos nichos implica el desplazamiento permanente de los pobladores para alcanzar los recursos dispersos y para controlar las variables estacionales. Es necesario, sin embargo, combinar el acceso directo a los distintos nichos con la integración a un circuito de intercambio, el que hasta hace poco incluía a San Pedro de Atacama y a Colcha (capital de Nor Lipez en Bolivia), como algunos de los puntos de la ruta. A San Pedro de Atacama se iba llevando ganado y granos, los que se intercambiaban por frutas, ají, etc. Esta era una importante plaza de provisión de mulas. A Colcha acudían los habitantes de esta subregión con ocasión de la feria que acompañaba a la fiesta de la Virgen de la Concepción y allí obtenían —cambiando por sus granos— carne, coca, ropas y otros objetos<sup>6</sup>. Esta alta movilidad y dispersión explican, en gran medida, el patrón de residencia al que aludíamos.

Los procesos históricos ocurridos a niveles macrorregionales y regionales han modificado, en parte, este modelo. Hoy cada pueblo es, en sí mismo, una comunidad. Pero existen evidencias que hasta hace poco tiempo esto no era igual. Al menos los habitantes de Toconce recuerdan cuando fueron una sola comunidad con Aiquina y hay algunos abuelos que dicen que lo mismo ocurría con el pueblo de Cupo. En esta relación, Aiquina habría operado como el pueblo central y los otros puntos, como estancias o pueblos menores, dependientes del primero. Este no es el único cambio que es posible advertir por motivos históricos. De hecho el patrón de residencia en estancias y la economía con énfasis ganadero que lo sustentaba, ya casi no funciona. Son sobre todo las vegas más bajas (Turi y Paniri), las que continúan teniendo agua en abundancia, puesto que las demás se han secado por la extracción de aguas para las ciudades de Antofagasta, Calama y Chuquicamata (Cavieres, 1985). Esto repercutió fuertemente en el volumen de la masa ganadera que era posible alimentar y por lo tanto en las posibilidades de autorproducción del sistema.

Por otra parte, la paulatina rigidización de las líneas fronterizas entre los tres países limítrofes involucrados en el área, afectó de manera creciente a las rutas de intercambio, con lo que la movilidad tradicional se vio restringida, obligando —cada vez más— a los pobladores de estas comunidades a minimizar estos contactos, que, si bien aún subsisten ya no alcanzan las dimensiones de antaño.

Es factible pensar que el sistema agroganadero que hemos esbozado no fracasó por contradicciones internas insalvables. Tenemos la impresión de que su crisis se produjo por la presión de una economía de enclaves urbano-mineros que alteró el equilibrio ecológico de la región y por las políticas nacionales de la sociedad mayor, que sencillamente ha ignorado la existencia de los habitantes indígenas del área.

La población de la cuenca del Salado, intentando mantener un ideal ganadero<sup>7</sup>, se ha volcado hacia la agricultura (Aldunate *et al.*, 1981: 202-203), lo que implica de todos modos un empobrecimiento económico y una baja en los niveles de subsistencia. Se pueden percibir cambios también en los mecanismos de acceso a la economía de mercado provocados por la situación anterior. El mayor empobrecimiento de los habitantes podría haber contribuido a la

<sup>5</sup>En la región hay otros antecedentes similares, vid Serracino y Stehberg, 1975.

<sup>6</sup>De los relatos de viaje de algunos de nuestros entrevistados más viejos, surge consistentemente un área por la que ellos acostumbaban a viajar y que incluye algunos puntos del noroeste argentino, al borde del Salar de Uyuni e, inclusive, Chichas.

<sup>7</sup>Hasta hoy se sigue considerando la ganadería como la principal fuente de riqueza y se nombra a los animales en primer lugar dentro de la lista de posesiones de los lugareños (Aldunate *et al.*, 1981: 201; Cavieres, 1985 Ms).

mayor atracción del trabajo en las minas y las ciudades, todas fuera de la subregión, provocando una emigración en las generaciones más jóvenes que ha afectado el funcionamiento de las estructuras de cargos comunitarios tradicionales y generado una amenaza demográfica por el abandono de algunas tierras<sup>8</sup>.

Es dentro de este espacio subregional y sujeto a la “normatividad” del patrón de residencia, que pueden entenderse mejor los procesos económicos y demográficos que ocurren en Toconce entre los siglos XIX y XX.

### Toconce y su tradición oral

El actual pueblo de Toconce (22°18' L.S. y 68°11' L.O.), se emplaza en lo alto de la pared sur de la quebrada por la cual corre el río del mismo nombre. Allí hay un estrecho plano que se encuentra limitado, al norte, por el borde de la quebrada, que desciende abruptamente y al sur, por la ladera de un cerro que se extiende a las espaldas y a todo lo largo del pueblo y que muestra evidencias de andenería largo tiempo sin uso. El poblado se alarga, en sentido este-oeste, y está limitado por un pequeño promontorio en su extremo oeste y por el borde de la quebrada que allí da una vuelta, juntándose con el cerro, en el extremo este. En la explanada que queda en el centro, y en una altura menor, se ubican algunas terrazas y canchones de cultivo, que son regadas por el canal que viene desde varios kilómetros río arriba y cruza el pueblo llegando hasta las tierras de sembríos ubicadas al oeste del mismo.

Esta disposición permite distinguir tres sectores: los dos de los extremos y el centro. Este último es claramente más moderno. Aquí se ubican los edificios oficiales, tales como la escuela, el retén de carabineros y la estación de radio de SENDOS. Las casas se alínean en dos largas hileras, todas a un mismo lado, con sus puertas hacia el norte, lo que forma dos “calles” paralelas. Este ordenamiento se rompe en ambos extremos del poblado. Al lado este se halla emplazada la iglesia y las casas se ubican siguiendo un orden diferente al de las edificaciones centrales. En el extremo oeste, el caso es similar; allí se encuentra igualmente una construcción religiosa: el altar que marca el vértice extremo de la procesión de San Santiago y de la Virgen de Aiquina durante las fiestas del pueblo y las casas poseen también un ordenamiento distinto al del sector central. Los dos extremos del poblado son los únicos que, antes de la instalación de la cañería de agua potable, obtenían agua directamente del canal de regadío. Las casas del sector central tuvieron que esperar hasta esta instalación para poder desarrollar la pequeña agricultura de huertas caseras que hoy hace tan característico a Toconce. Sin ser un vergel, sus habitantes han logrado plantar algunos árboles frutales y numerosas hortalizas que rompen el uniforme tono general de tierra y piedra.

Remarcando aparentemente la diferencia cronológica de la construcción entre los distintos sectores del poblado, sus habitantes denominan “Pueblo Toconce” al sector este, que es además considerado como el sector “alto” y simplemente “Toconce” a todo lo demás (Gómez, 1980: 69). Con ocasión de la limpia de canales de Patillón (a varios kilómetros aguas arriba del pueblo), asistimos en noviembre de 1984 a una fiesta, en las casas que actualmente pertenecen a Santiago Berna y que están ubicadas en el sector este, frente a la iglesia. La celebración se realizó en una pieza recientemente techada por toda la comunidad. Se nos informó que en esa casa se daba inicio a todas las fiestas que tenían carácter comunitario y que, cuando los participantes eran muchos, después de haber empezado obligatoriamente en este lugar, se trasladaban a la casa de la comunidad, situada en el sector central del pueblo y a espaldas del retén. Esto se hacía así, nos dijeron, porque era la casa más antigua del pueblo. Posteriormente, otro informante, don Víctor Berna, confirmando esta información agregó el dato de que ésta había sido, anteriormente, también la casa del *jach'a tata* Agapito Anza, quien vivió en el lugar en el último cuarto del siglo

<sup>8</sup>La inserción de los habitantes de la subregión en la economía de mercado, durante la primera mitad de este siglo fue a partir de su participación en las azufreras, en tanto éstas estaban en el área, así como en las llareteras que suministraban combustible a Chuquicamata, porque ellas estaban igualmente en sus cerros y no en otros lugares. En contraste, no fueron a trabajar a las salitreras ni el mineral de cobre. Esto ha variado hoy día, puesto que las nuevas generaciones sí abandonan la subregión para ir a trabajar a la mina o a otros lugares. Hay un porcentaje de retorno, sin embargo, que deberá ser evaluado.

pasado (APC, Libro IV de Matrimonios: p. 36)<sup>9</sup>. La expresión *jach' a tata* usada por don Víctor se refería a la calidad de gran abuelo, verdadero antepasado de las gentes del lugar. Otro informante, don Juan Ayaviri, nos dijo en una oportunidad que en ese sector también había vivido Cecilio Cruz, personaje que, como veremos más adelante, es un poco el “héroe mítico” fundador del pueblo. Parece claro que el sector está visualizado como el más antiguo del pueblo.

Algo similar, aunque en menor medida, ocurre con el lado oeste. Allí igualmente son ubicadas las casas de algunos “viejos”, de los primeros que vivieron en el lugar, como la familia Nazaria.

Estas diferenciaciones podrían apuntar entonces, a distintas etapas en el nucleamiento del pueblo. Sus propios habitantes lo señalan así, indicando una etapa inicial, de dispersión seguida por otras de mayor aglutinamiento:

—Mi abuelito cuenta que antes no era pueblo, no había este pueblecito. Dice que había unas viviendas por ahí, allí al otro lado. No sé si usted vio. Una casita donde se ve un poquito arenal, donde se ve una cosa blanca, se ve una casa así sin techo. Ahí dice que había como dos o tres familias. En el recuerdo habían. Después dice que había otra familia aquí, a la subida de la huella.

—¿De dónde empezó, entonces, a llegar la gente?—De estancias, como decía. Después dice que ya empezaron a hacer... él mienta pues, que ya empezaron dice, a hacer sus casitas. Ya cuando él era niño ya, fueron apareciendo sus sentidos, dice que ya empezó a haber como tres casas, como cuatro casas. Así ya familias que vivían aquí, y ahí no más yo creo que empezaron a multiplicarse. Yo creo así, por eso somos tan pocos hasta ahora.

(Delfina Escalier).

Todos los lugares mencionados en este testimonio corresponden a puntos situados ya sea al frente de la quebrada donde actualmente se ubica Toconce o en el camino de acceso a éste (la “subida”). En ningún caso están en el pueblo mismo. Esta dispersión es corroborada por el testimonio de don Natividad Berna:

—Tampoco no vivían juntos, vivían ahí en Inacaliri, por cerro, por ahí.

—En estancia, ¿no había pueblo?

—No había. Conocí como seis o siete casitas. Esa casa misma había. Aquí también había en el patio una casa de... había como seis o siete casitas. Quebrada vivían, ahí en una quebrada, Membrillo.

(Natividad Berna)<sup>10</sup>

por el de don Toribio Salvatierra:

—Vivía uno ahí donde hicimos la huella nueva, ahí había una casita, ahí vivía, se llamaba Manuel Mamani. (...) Sí, claro. Ese sí que eran llegados de Bolivia y vivían allá abajo, a la iglesia, de allá abajo, en unas casitas ahí vivían antiguamente, entonces de ahí subían (...). Porque antes vivían otras personas allá al otro lado. Entonces esa persona eligió el lugar ese. Lobera, vivía al otro lado, ahí en unas casitas, ahí está el muro. Ahí vivía hasta el año 50 más o menos. Claro, ahí tenía su, su... animales y todo. De ahí salía a pastear.

y por doña Juana Copa:

—¿Siempre ha habido gente aquí, o hubo una época en que no hubo gente en el pueblo?

—En este pueblo, claro, siempre ha habido pastor dice mi mamita...

Sabe decir que habían más poco la gente. Ese otro aquí, allá, yo creo que han tenido casitas, otro por allá, por estas quebradas, por ahí encima, así tendrían casitas.

<sup>9</sup>Archivo Prelatura de Calama, en adelante APC, fondo Parroquia de Chiu-Chiu.

<sup>10</sup>Recogido por Victoria Castro, mayo 1983.

Seguendo este hilo, inicialmente la denominación de “Toconce” se habría referido no tanto al pueblo que conocemos *como al lugar*, el que estaría ocupado por varios habitantes con un patrón habitacional disperso dada la extensión del mismo. Más aún, según nuestros informantes, los anteriores habitantes no vivían exactamente en el mismo sitio que hoy ocupa el caserío, sino en terrenos cercanos. Hay, con todo, un momento en el que empiezan a trasladarse al emplazamiento del actual pueblo, “suben” la quebrada y construyen las casas que hoy son reconocidas como las “primeras” de éste.

—¿Usted sabe por qué se vino a vivir aquí la gente y no se quedó abajo en el río? ¿por qué subieron acá arriba?

—Porque había canales de agua arriba... llegó mucha gente a vivir aquí, no mucha pero vinieron.

(Toribio Salvatierra)

—¿Y cómo hicieron Pueblo Toconce?

—Así por puros canales.

(Natividad Berna)<sup>11</sup>

Según don Juan Ayaviri, uno de los *yatiri* del lugar, antes de esta “subida”, en Toconce sólo había pastos y las terrazas aunque construidas, no eran cultivadas, no existía el pueblo y en el lugar residían únicamente dos familias, los Yere y los Lobera. Esto reafirma nuestra suposición de que la denominación “Toconce” se aplicaba a un espacio mayor que el pueblo mismo, puesto que los Lobera, primitivos habitantes de Toconce, vivían en realidad en la quebrada de enfrente, a un costado del actual camino a Calama y no en lo que hoy es el pueblo. De acuerdo a los testimonios anotados, el nucleamiento inicial del actual poblado de Toconce está vinculado a la construcción de nuevos canales de riego, permitiendo la reutilización de parte de las andenerías prehispánicas del lugar (Castro *et al.*, 1979; González, 1980: 67; Aldunate y Castro, 1981). De un lugar en el que sólo se explotaban los pastos (don Juan Ayaviri), se pasó gracias a estos nuevos canales, el desarrollo de la agricultura.

El proceso de nucleamiento, sin embargo, pareciera no haber terminado en esta etapa. Una segunda “oleada” de residentes llegó cuando, por la extracción de aguas para las ciudades, se secaron algunas vegas y aguadas en las cuales los pastores toconcinos tenían sus ganados, principalmente la gran vega de Inacaliri.

—Claro, antes... más antes no había escuela. Antes de la escuela yo vivía en Inacaliri.

—¿Tenía ganado allá?

—Sí, tenía ganado allá, ahí vivía yo. Después nos venimos aquí, taparon el agua allá, eso de la cañería. Entonces hemos venido y no había la vega también ya para los animales.

(Juana Copa)

Finalmente, otras familias terminaron por asentarse en Toconce, abandonando sus estancias, cuando se instaló la escuela en el lugar, en el año 1960:

—¿Y el año 60 se vino aquí a la escuela?

—A la escuela.

—Cuando empezaron a venirse a la escuela, ¿quién vivía aquí en Toconce?

—Habían pocas casas. Y poca gente. La más gente la mayoría vivía en las estancias, en el campo. Pastoreando sus corderos no más. Casi muy poco nos veíamos por ahí (...) Bueno, de cuando yo me recuerdo, cuando yo era niña, había poca gente, muy poca gente. Y después cuando ya hubo escuela, ya hubieron más. Ya de todas partes nos juntamos.

(Delfina Escalier)

A partir de las versiones orales narradas por los propios toconcinos podemos reconstruir lo

<sup>11</sup>Idem.

más fundamental del proceso. Toconce aparece inicialmente como un sitio ocupado por pastores. En algún momento se construyen canales de regadío que posibilitan el desarrollo nuevamente de la agricultura. Hasta ese momento, sólo dos familias ocupaban ese nicho: los Yere y los Lobera. Con los canales empezó la afluencia de gente, la que pareciera haber mantenido paralelamente su residencia en otras estancias, donde se encontraba el ganado o en las tierras de labranza rehabilitadas:

Nosotros salíamos siempre a la estancia, porque ellos, mis taitas, vivían en la estancia abajo.

—¿En Copacoyo siempre, o se iban cambiando, así?

—En Copacoyo, aquí en Hojalar, después nos veníamos aquí a Patillón. Pero más vivíamos aquí en Toconce, aquí en este pueblo y teníamos sembrío ahí, en otra quebrada, de Hojalar. Ahí vivíamos más pues. En una estancia allá arriba. (Toribio Salvatierra).

El paso siguiente habría sido dado por algunos pastores obligados a abandonar sus estancias por la falta de agua provocada por las aducciones y cañerías hacia los centros urbanos de Calama y Antofagasta. Por último, aun manteniendo algunos sus estancias, la escuela y la obligación consiguiente de tener a los niños todos los días en el poblado, habría obligado a la mayoría de los toconcinos a radicarse definitivamente en el pueblo. Nos parece, sin embargo, que esta “obligación” no habría sido tan compulsiva de haber funcionado sin dificultades o con conflictos menores la economía ganadera tradicional.

Hasta aquí el resumen del relato oral toconchino.

El proceso, tal como ha sido narrado podría ser, sin embargo, diferente. De hecho la problemática histórica de la región es mucho más compleja de lo que este relato deja entrever.

En lo que respecta a información sobre un pueblo llamado Toconce, se ha planteado la posible existencia en el sitio hoy conocido como Copacoyo, de un “emplazamiento colonial temprano” de Toconce. Este lugar queda varios kilómetros aguas arriba, por el mismo río (Castro *et al.*, 1979: 487). Para el mismo período colonial hay también otra referencia, más temprana, que menciona igualmente un pueblo llamado “Toconsé” (Vázquez de Espinoza, 1948 (1630): 617). No son éstas las únicas referencias a ocupaciones humanas en el lugar, anteriores al actual pueblo de Toconce. Allí, a pocos centenares de metros, en la pared noroeste de la misma quebrada, se ubica el poblado arqueológico que ha sido denominado como “Likán” (Castro *et al.*, 1979; Aldunate y Castro, 1981; Aldunate *et al.*, 1982; Berenguer *et al.*, 1984), cuyas fechas más tardías son de 1210 años DC, aun cuando los mismos autores creen que esta fecha no indicaría un momento terminal de la “Fase Toconce” (Aldunate y Castro *Ob. cit.*: 138; Castro *et al.*, 1983: 11).

¿Por qué la tradición oral recogida no menciona esos otros poblamientos? ¿acaso los actuales habitantes no reconocen una filiación común con esos antecesores? Fuimos enfáticos al insistir sobre la información que los toconcinos pudieran tener acerca de un poblado colonial o, al menos, anterior o distinto al actual. En todos los casos recibimos una rotunda negativa. A excepción del sitio arqueológico, no hay otro pueblo o los toconcinos —al menos— no lo reconocen. Si efectivamente no hay relación entre los habitantes modernos y aquellos que aparecen mencionados en los documentos coloniales o en los restos arqueológicos, ¿cuáles son los centros de origen de los pobladores de hoy? ¿tienen alguna vinculación con un poblamiento atacameño, como lo piensan algunos autores? (Casassas, 1974 a y b; Gómez-Parra, 1981-82; Lehnert, 1978) ¿o acaso su origen se encuentra en la otra vertiente de la cordillera como está sugerido por otros investigadores? (Hanson, 1926; Valenzuela, 1969-70; Castro *et al.*, 1979).

### La antigüedad de Toconce: Fuentes documentales

La primera referencia temprana conocida sobre un lugar llamado Toconce proviene, como muchas otras informaciones sobre la región, del *Libro de Varias Ojas*:

En San Francisco de Chiochio, en siete de agosto de 1620 años, bauticé, puse óleo y crisma a Francisco Condore, hijo natural de Pedro Yana, de Chuquilla, provincia de los lipes, y de Catalina Yero, natural de Quimi, provincia de los lipes que han habitado dos



años en Toconce.  
Francisco Otal  
(Casassas, 1974a: 115)

Describiendo la provincia de Atacama, Vázquez de Espinoza menciona que: “el primer pueblo de esta provincia es *Toconcé* iendo de la provincia de los lipes y luego el pueblo de San Pedro de Chiochio (...)”, (*Ob. cit.*, 617). Ambas referencias son aproximadamente de la misma época, tienen tan sólo diez años de diferencia y en una de ellas se explicita la calidad de “pueblo” que tendría Toconce. ¿Qué puede significar esta expresión, en la época y en el contexto regional?

Se trata de un pueblo andino, muchos de los cuales no alcanzaban a exceder de tres o cuatro casas y de diez o veinte habitantes (Ortiz de Zúñiga, 1972 (1562)). Esto está particularmente claro en una región vecina a la atacameña y muy vinculada a ésta: el territorio de Lípez, en el que Lozano Machuca señala la existencia de algunos “pueblozuelos” de estas características (1885 (1581): xxiii; Apéndice III). En el mismo territorio y apenas 19 años más tarde, en el padrón de reducción de los indios lipes, se señala que algunos de éstos “buen como alarabes diuididos enparcialidades en choças de cuatro en cuatro y de seis en seis en mucha distancia de tierra...”<sup>12</sup>.

Se ha señalado también el manejo confuso que se hace en la documentación colonial temprana, de términos tales como “pueblo”, “estancia” y “*ayllu*”, usado indistintamente para referirse a una misma unidad social y espacial (Saignes, 1984: 128, nota 17). Se puede desprender entonces, que el concepto de “pueblo” no sólo poseía un significado demográfico y urbano distinto al actual, sino que podía remitir a realidades diferentes y no siempre comparables entre sí.

En el ámbito regional, por otro lado, según Pedro Vicente Cañete, los pueblos de Atacama carecían de características de tales, “pues aún la capital (San Pedro), donde residía el corregidor del partido, no tiene forma de pueblo y las casas están salteadas como islerías, con grandes trechos despoblados. Los ayillos tienen todavía menos formalidad. Están repartidos en cabañas muy pequeñas e incómodas” (Citado por Hidalgo, 1982b: 258). El proceso de urbanización hispano regional se iniciaría, al parecer, con Toconao, primer pueblo colonial de la región (Hidalgo, *Ibíd.*: 257) y según este autor, las reducciones que permiten un nucleamiento más definitivo de San Pedro y Chiu-Chiu, tendrían lugar recién a fines del siglo XVIII (Hidalgo, *Ibíd.*: 259)<sup>13</sup>.

Dados estos antecedentes, tanto de carácter panandino como regional, no resulta incorrecto suponer que a principios del siglo XVII, en el área atacameña no se encuentren pueblos nucleados y aglutinados, sino más bien que nos hallemos frente a espacios habitados con mayor o menor densidad. Y el uso de “pueblo” puede remitirnos a cualquier agrupación de viviendas, por pequeña que ésta pueda ser. De allí que las referencias encontradas en el *Libro de Varias Ojas* y en Vázquez de Espinoza, nos llevan a pensar más que en un “pueblo”, simplemente en un lugar habitado, posiblemente una estancia, por las características que veremos más adelante y en el cual, por las referencias citadas, están presentes algunos indios de Lípez, del otro lado de la cordillera.

Aproximadamente en los mismos años del siglo XVII aparecen en el *Libro de Varias Ojas* otras dos anotaciones que nos parecen también interesantes en relación a la discusión precedente. En la foja 15 se menciona a indios lipes residentes en el “pueblo de Cavana” en el año 1624 (Casassas, *Ob. cit.*: 117); en la foja 19 vuelta se anota “el pueblo de Panire” en el año 1633 (*Ibíd.*: 119). En ambos casos se indica que son “pueblos”. Ahora bien, Cabana es el sector más alto de la vega de Inacaliri y en él no se ha ubicado hasta ahora un pueblo con características de tal; hay, sí, ruinas de lo que los habitantes llaman “Inga”, aparentemente un *tampu inka* (C. Aldunate y V. Castro, comunicación personal, 1984). Con Paniri ocurre lo mismo. En este caso no conocemos personalmente el lugar, pero no tenemos registrada ninguna información de que allí hubiera existido un pueblo. Ambos lugares se caracterizan por ser vegas utilizadas como estancias ganaderas, con un patrón de habitaciones disperso y se ubican en la misma subregión del río Salado que Toconce.

<sup>12</sup>Archivo General de la Nación Argentina (AGN) 18: 6: 5, f. 2r. Agradecemos al profesor John Murra habernos proporcionado una versión paleografiada de este manuscrito.

<sup>13</sup>Queda planteada la misma interrogante para Aiquina. La ubicación de su iglesia y cementerio, tan típicamente hispana, sugieren la posibilidad de que su nucleamiento pudiera ser igualmente tardío.

A los tres lugares se les ha categorizado como "pueblo" en ese contexto documental; sin embargo, al menos dos de ellos eran en esa época, como ahora, estancias ganaderas. Creemos que con Toconce ocurría lo mismo. De manera que las evidencias pueden apuntar a un asentamiento disperso y ocupación ganadera en el lugar llamado Toconce durante el siglo xvii, más que a un pueblo propiamente tal.

Con relación al asentamiento "colonial temprano" mencionado por Castro *et al.* (1979: 487) y ubicado en Copacoyo, estamos ciertos que, como lo mencionan los propios investigadores, se requiere de una cuidadosa investigación para confirmarlo, la que aún no se ha realizado.

En todo caso, la toponimia local sugiere una coherencia entre topónimos y denominación de los lugares habitados, por lo que podría ser cuestionable suponer un pueblo llamado Toconce en el sitio denominado Copacoyo. Al margen de esta discusión, El Copacoyo que conocemos es coincidente con la imagen sugerida anteriormente: es una estancia ganadera con un patrón habitacional disperso.

Después de tan escasas referencias, el nombre de Toconce parece desaparecer de la documentación junto con sus habitantes. Esto ocurre para lo que resta del siglo xvii, la totalidad del xviii y gran parte del xix. ¿Qué ocurrió?

Cabe la posibilidad de que este vacío se deba a una falta de interés de los administradores españoles en los pequeños nichos ecológicos entre los cuales se movían los hombres andinos, fijándose tan sólo en centros que aglutinaban una mayor cantidad de gente, que en este período y lugar parecieran haber sido Aiquina y Caspana.

No podemos desechar la alternativa, sin embargo, de que Toconce haya podido ser abandonado. Es factible que así haya ocurrido, sobre todo si Toconce era simplemente una estancia que, como todas podía ser ocupada opcionalmente, de acuerdo a los requerimientos de la población andina<sup>14</sup>.

La primera referencia documental en que, nuevamente se encuentra a Toconce es ya mucho más tardía. Se trata de una inscripción en el Libro iv de Matrimonios de la parroquia de Chiu-Chiu:

n° 119

Enrique Verna con Ascensión Cruz.

En la capilla de Aiquina de este curato de Calama, 16 de septiembre de 1892. Enrique Verna, soltero, 28 años, hijo legítimo de Pio Verna y Polonia Gere, nacido y domiciliado en Toconse; con Ascensión Cruz, soltera, 28 años, hija legítima de Cecilio Cruz y María Lovera, nacida y domiciliada en Toconse.

(f. 33).

Por lo tanto, por el año 1864 había otra vez habitantes en Toconce. A partir de esa fecha, se generalizan las referencias sobre el lugar. Sugerentemente, se mencionan también las estancias de Paniri, en el año 1863 (APC, Libro iv de Entierros: f. 58) y de Inacaliri (Ibíd.: p. 76; Bertrand, 1885: 62). En estas citas se menciona también a indígenas de López, lo que es coherente con los datos anteriores.

Creemos sugerentes estas referencias por cuanto podrían estar apuntando a un proceso generalizado de incremento de la población que hacía uso de estos lugares.

Aun cuando el asiento matrimonial citado no permite hacer inferencias respecto del tipo de poblamiento existente esta vez en Toconce, la abundancia de registros posteriores en los mismos libros parroquiales hace posible percibir que se trata de varias familias y que hay un proceso de crecimiento demográfico.

En 1903 Riso Patrón puede ya referirse al "caserío":

Martes 2 de febrero. (...). A las 11,30 (...), vadeamos el río Toconce, que corre en profunda quebrada, de más de 20 metros de altura, entre barrancos de traquita; a la derecha se veía una casita con ciruelos y tunas y reductos parecidos a los de Turi.

<sup>14</sup>Estas opciones pueden estar en relación al volumen de la masa ganadera, de las calidades de pastos, etc. Por otra parte, la información etnográfica indica que, si bien por largos años los toconcinos no han usado algunas estancias, las siguen considerando suyas y están en disposición de reocuparlas nuevamente, si tienen la posibilidad de incrementar sus ganados y se les hace necesario.

A las 12 nos poníamos al habla con el alcalde de Toconce, quien nos dijo que todo lo regado no pasaría de 7 hectáreas, y que la población del caserío no subiría de 30 personas.

(Riso Patrón, 1918: 170).

Y cuando Walcott visita el lugar, en 1924, habla ya de una aldea (1925: 338), lo que repite Hanson (1926: 365 y ss.). Estas expresiones se encuentran, en este caso, avaladas por los Censos Nacionales de 1920 y 1930, que anotan totales de 159 y 123 habitantes respectivamente, así como 19 viviendas (Dirección General de Estadísticas 1925: 110; 1931: 68).

Resumiendo, en Toconce se pueden distinguir hasta ahora cuatro períodos, en los que el poblamiento habría tenido características distintas. El primero, preincaico, que se caracteriza por su énfasis agroganadero y un gran nucleamiento habitacional (Aldunate y Castro, *Ob. cit.*). Después, por lo menos hasta principios del siglo xvii, una ocupación del lugar más bien como estancia ganadera y con probable poblamiento disperso. En el tercer período se discute si Toconce estuvo habitado, siendo probable que simplemente no fuera objeto de mención por el menguado número de sus habitantes.

Por último, a mediados del siglo pasado, vuelve a aparecer el sitio en los documentos y la bibliografía y es posible advertir un paulatino proceso de crecimiento y aglutinamiento del poblado, lo que parece coincidir, por otra parte, con un proceso más generalizado que afecta también a las estancias de Inacaliri y Paniri.

El pueblo actual que conocemos se formaría en esta última etapa. ¿De dónde vinieron esos habitantes?

### El poblamiento

El poblado actual de Toconce se encuentra en la subregión del río Salado, la que ha sido ya suficientemente descrita, tanto en sus aspectos geográficos (Aldunate y Castro, *Ob. cit.*; Castro *et al.*, 1984 Ms), como etnográficos y etnobotánicos (Valenzuela, 1969; Gómez, 1980; Aldunate y Castro, *Ob. cit.*, Aldunate *et al.*, 1981). Queremos destacar, sin embargo, algunas de sus diferencias con la ecozona de puna salada que se extiende, vecina, en el lado oriental de la cordillera de los Andes y que es conocida comúnmente como altiplano de Lípez.

De estas diferencias se genera un potencial de manejo de recursos por parte de los habitantes de uno y otro lado, que tiene directas y profundas implicancias en el poblamiento de la subregión del río Salado.

Esta subregión es una ecozona de quebradas, intermedias y altas, que presenta entre las cuencas de los ríos Salado y San Pedro, al menos tres vegas importantes: la de Turi, la de Cabana y la de Inacaliri<sup>15</sup>. Es frecuente encontrar también pequeñas vegas originadas por las nacientes de ríos tales como el Toconce y el Hojalar, o por afloraciones más o menos permanentes, como es el caso de las llamadas “vega grande” y “media vega” en las faldas del Línzor. La presencia de estas vegas implica un enorme potencial ganadero por su provisión de forrajes a lo largo de casi todo el año y por la posibilidad de combinar estos pastos con el acceso a bofedales, pastos ribereños, etc. (Castro *et al.*, 1984 Ms).

En esta ecozona, la disponibilidad de aguas, las temperaturas moderadas y la existencia de microambientes protegidos de los grandes vientos que azotan el altiplano, favorece asimismo el desarrollo de varios tipos vegetacionales posibilitando la mantención de importantes centros agrícolas como Aiquina, Capana y —más recientemente— Toconce. La agricultura en la subregión es importante no sólo por el nivel tecnológico alcanzado (canales de regadío, cultivo en terrazas, “acueductos”, etc.), sino sobre todo por las especies cultivadas. Aquí se siembra maíz, papas, alfalfa, trigo, habas, hortalizas y en los lugares más bajos o con mejor calidad de aguas, como Caspana y Paniri, se cultivan incluso frutales. Tenemos información de que en algún

<sup>15</sup>Aun cuando esta vega se encuentra en la actualidad casi totalmente seca y se mantiene únicamente apto el sector conocido como Cabana (A. Cavieres com. pers. 1984), la incorporamos aquí porque hasta que la secaron por las aducciones de agua para el mineral de Chuquicamata, era según los relatos locales la que congregaba la masa ganadera más grande de la subregión, y como tal jugó un importante papel dentro de la economía ganadera.

momento se llegó a sembrar coca (*Erithroxilon Coca*), en pequeñas cantidades y tal vez de modo experimental, en Paniri (C. Aldunate, comunicación personal, 1984).

Más aún, en este espacio geográfico se ubican los ríos con menor índice de salinidad en sus aguas, de toda la hoya del río Loa, y con mayor abundancia de aguas como el río Toconce (Rudolph, 1928: 70; 88).

Todo ello contrasta de manera acentuada con las características de la ecozona de puna que abarca gran parte de las actuales provincias de Daniel Campos, Nor y Sur Lipez, en Bolivia. Aquí la pobreza de pastos se hace extrema y sobrevive una agricultura, fundamentalmente de tubérculos y quinua, en los nichos más protegidos y en algunas cuencas lacustres (Dalence, 1851: 74; Bowman, 1940: 221-222; Castro *et al.*, 1984 Ms; Platt, 1982 Ms), obligando a sus habitantes a mantener una estructura de intercambios de productos entre el altiplano y los valles vecinos, que alcanza grandes distancias (Platt, *Ibid.*).

Es tal la dureza del clima y la geografía, que ya Capoche y Cobo describían el altiplano de Lipez como uno de los páramos más fríos y deshabitados de los Andes, comparable únicamente al de Quito (Capoche, 1959 (1585): 128; Cobo, 1964 (1653): T. I.: 32-76: T. II: 8).

La carencia de coca y de maíz por parte de los habitantes de Lipez fue también documentada tempranamente:

Estos indios son extremadamente viciosos en comer coca y tienen de gasto ordinario della cada año mas de diez mil pesos ensayados; porque todo el rescate que tienen en esta villa de Potosí es llevar coca solamente a su tierra, aunque es gente que no se emborracha ni acostumbran a beber chicha, por no ser la tierra dispuesta ni aparejada para dar maíz. (Lozano Machuca, *Ob. cit.*: xxiv).

Según esta información, la coca la obtenían de Potosí, pero no se aclara si el maíz también era obtenido allí. Capoche recogió la impresión de la carencia de maíz en territorio de los Lipez, brindándonos de paso una buena versión europea sobre su geografía (Capoche, *Ob. cit.*: 127).

Ambas ecozonas, a uno y otro lado de la cordillera, comparten —sin embargo— una abundante vida animal salvaje: guanacos, vicuñas, tarucas, chinchillas, vizcachas, parinas, etc. lo que permitió desarrollar en las dos márgenes una importante actividad de caza en forma más o menos permanente.

Nos parece natural que, por las diferencias anotadas, la subregión del río Salado haya sido vista, como una zona de complementariedad natural por parte, al menos, de los habitantes de Lipez. Manejando las variaciones estacionales y de altura, esos pobladores andinos pudieron haber estructurado un sistema productivo más estable y adecuado a sus necesidades de subsistencia.

Otra característica compartida es la baja densidad poblacional en ambos lados de la cordillera, particularmente en Sud-Lipez y en la subregión del río Salado. A fines del siglo XVIII, Chichas tenía aproximadamente 18.000 habitantes y los partidos de Chayanta y Tarija, 54.638 y 60.000 respectivamente, Lipez apenas exhibía una población de 3.864 personas y Atacama una de 3.657 habitantes (Del Pino Manrique, 1836: 23). Aun considerando todos los errores censales que se pudieran cometer, por la dispersión de la población, por su movilidad, etc., las proporciones anotadas son elocuentes.

Creemos que estas bajas densidades demográficas permitieron el desplazamiento de grupos humanos por el territorio y posibilitaron que ellos pudieran asentarse, o por lo menos ocupar, distintos nichos productivos sin dificultades ni oposición. Lo que habría sido más difícil de haber estado presente allí un grupo étnico grande con un importante desarrollo socioeconómico.

Tanto la referencia a Cabana (en Inacaliri), como la de Toconce, aparecidas en el *Libro de Varias Ojas* mencionan a gente de Lipez en esos lugares<sup>16</sup>. Creemos que no es una simple

<sup>16</sup>El mosaico étnico de Lipez está todavía por armarse (Saignes, 1984 Ms). En este territorio, de acuerdo a algunas fuentes documentales (AGN 18: 6: 5 ya citado; Archivo Histórico de Potosí: AHP: CR. 1 por citar algunos) es posible advertir la presencia de varios grupos aparentemente pequeños, uno de los cuales sería el que conocemos como *Lipes*, pero no el único. A ello, habría que agregar la hipótesis de T. Platt, referente a que tal denominación étnica no remitiría a un grupo específico, sino a todos aquellos que practicaban la caza de la vicuña con la técnica del *lipi* (Platt, 1982: 10), lo que

coincidencia. Del resumen de forasteros que proporciona Casassas en su trabajo sobre el documento parroquial al que nos referimos, aproximadamente el 36% proviene de Lípez (*Ob. cit.*: 45 y ss.). En otro trabajo (Martínez, 1984 Ms) proporcionamos una lista de originarios de Lípez enterrados en la parroquia de Chiu-Chiu entre los años 1855-1888; en ella se aprecia una frecuencia de 1,9 defunciones anuales de indios Lípez en esa parroquia (APC, libro de entierros... pp. 58 y 76).

Es posible que esta presencia de Lípez esté relacionada con la necesidad de obtener granos por parte de los pastores altiplánicos y con las actividades de intercambio que ello genera<sup>17</sup>. Los testimonios etnográficos que hemos podido recoger señalan, que, hasta hace muy poco, la coca utilizada en los rituales, la quinua, algunos tipos de papas, textiles y sobre todo, carne, eran traídos a los pueblos de la subregión por caravaneros de Lípez que intercambiaban estos productos por granos. Don Natividad Berna relata que una transacción común era de cinco arrobas de maíz o una frazada cosida, llena de ellos, por un animal parado<sup>18</sup>.

Hemos señalado que en algunas épocas Toconce no tuvo, aparentemente, agricultura y funcionaba más bien como estancia ganadera. Lo que implica que para obtener los granos que venía a buscar, los caravaneros debían desplazarse por lo menos hasta Aiquina. En este lugar es posible encontrar referencias no sólo de gente de paso, sino que pobladores altiplánicos asentados en el pueblo y la región como la de Domingo Bilca "de nación lipe, bautizado en el pueblo de Aiquina y criado en este de Chiu-Chiu..." (año 1633; Casassas, *Ob. cit.*: 119), o la de Manuel Ayaviri "indio de Llica [antes Nor-Lípez y hoy provincia D. Campos] vecindado muchos años en Aiquina..." (año 1861; APC, Libro de Entierros: p. 19).

Para llegar desde Lípez hasta Aiquina hay varios pasos en la cordillera. Dos de ellos han sido tradicionalmente los más usados, por las ventajas que presentan: los portezuelos del Línzor y de Siloli, que se encuentran arriba de Toconce y de Inacaliri, respectivamente (Riso Patrón, 1918: 182 y 183; Walcott, *Ob. cit.*: 347 y 357). Bertrand nos proporciona la ruta que se podría seguir por uno de ellos. Estando en Inacaliri, relata:

... aquí cruzábase con nuestro sendero un camino que viene desde Chiu-Chiu, pasa por Aiquina, luego entre Paniri i Cerro de León o Copacoya, atraviesa la ciénaga y va por la Laguna Colorada, repartiéndose una rama hacia Quetena i Rinconada i otra hacia Tapaquilcha i Bolivia). (1885: 62).

Los caravaneros, en su ruta desde el altiplano encontraban por estos pasos, buenas fuentes de aprovisionamiento de pastos y agua al cruzar la cordillera y llegar a Inacaliri o Toconce.

Creemos que esta presencia constante y estos vínculos que aparentemente se extienden por un largo período en el tiempo, dieron a los pastores lipes un profundo conocimiento de los potenciales de la subregión del río Salado, y tal vez, algunos derechos de acceso a pastos y bofedales.

¿Qué relación guarda todo esto con el poblamiento de Toconce y con la información que nos entregaron nuestros entrevistados?

Nuestra hipótesis de trabajo es que Toconce ha pasado por distintas y sucesivas ocupaciones de grupos que han explotado de manera diferente ese espacio productivo. Las evidencias arqueológicas apuntan a un interesante e importante desarrollo de una sociedad con una economía

añade complejidad a esta cuestión. Por esta razón, al hablar de los *lipes* en este artículo lo hacemos para referirnos a un origen geográfico, sin adentrarnos en la problemática étnica señalada.

<sup>17</sup>Si bien los granos y otras hortalizas pueden haber sido lo fundamental del interés de los lipes en la zona, no hay por qué limitar el intercambio a estos productos únicamente. Los toconcinos parecen haber jugado de intermediarios entre Lípez y San Pedro de Atacama, por ejemplo, y hay algunas referencias que apuntan a la posibilidad de que su territorio haya sido usado como lugar de tránsito hacia la costa, por los mismos pastores lipes. En APC se encuentran algunos asientos de defunciones de gente del altiplano que muere de enfermedades contraídas en la costa, cuando ya van de regreso a Bolivia, por citar un caso (APC, Libro de Entierros, año 1865: p. 79).

<sup>18</sup>Recogido por Victoria Castro, mayo 1983.

agroganadera, pero con gran productividad agrícola en el período Intermedio Tardío y Tardío. Así parecieran denotarlo la gran cantidad de terrazas o andenes, de canales y otras obras de infraestructura de riego existentes en el área (Aldunate y Castro, *Ob. cit.*: Castro *et al.*, 1979). Es sugestivo advertir que este desarrollo agrícola no se da únicamente en el sitio Toconce, sino que parece abarcar una zona más extensa que incluiría a Lípez (Castro *et al.*, 1979; Arellano y Berberían, 1981; Berenguer *et al.*, 1984). Esta ocupación puede haberse extendido aproximadamente hasta el S. xv (Castro *et al.*, 1983 Ms: 11).

En algún momento del período que sigue y por largo tiempo hasta entrado el siglo xix, pareciera que —como lo hemos sugerido antes— Toconce empieza a ser ocupado fundamentalmente como estancia ganadera. Es eso lo que mencionaría Vázquez de Espinoza cuando habla sobre el lugar. ¿Acaso los ocupantes de Toconce del siglo xvii no usaban las terrazas agrícolas ya construidas por los anteriores habitantes? Aquí estamos ante dos posturas probables. La primera, postular que el lugar se sigue ocupando agrícolamente pero que el acento está ahora en la ganadería. La otra alternativa es sugerir la posibilidad de la no utilización del lugar y su sola explotación pastoril. Cuando los actuales lugareños dicen que “antes había sólo pastos”, agregan otro dato: los canales no traían agua. En algunas partes se había tratado de reutilizar esa infraestructura, pero no pasaba de ser un uso de unos cuantos metros. Así por lo menos lo manifiesta don Juan Ayaviri. Esta pérdida del conocimiento del manejo y mantención de la infraestructura agrícola ocurrió probablemente en forma paulatina; otra posibilidad es, simplemente, que se trate de ocupantes distintos, sin el bagaje tecnológico de aquellos que desarrollaron el sistema agrícola en esas quebradas.

La ocupación preferente ganadera está también documentada por los testimonios de viajeros de principios de siglo que pasaron por el lugar. Riso Patrón encontró las vegas taladas y sin pastos, ocupadas por los animales de Toconce y Aiquina (1910: 84-86, 159-60; 1918: 162) y Walcott señala que, en 1923, no encontró corrales desocupados donde dejar sus mulas (*Ob. cit.*: 358). Hoy día no es difícil encontrar un corral donde hacerlo.

Esta situación pareciera continuar hasta mediados del siglo pasado, siendo Toconce parte del modelo clásico de las estancias de la región. Aun cuando no tenemos datos específicos sobre esto, queremos sugerir la posibilidad de que, dentro del sistema esbozado en la primera parte de este trabajo, Toconce e Inacaliri en este período formarían parte de la red de estancias ganaderas dependientes de Aiquina. Posiblemente Paniri y Turi, que sí son actualmente estancias de esta última comunidad, ocuparían una posición similar, pero sobre ellos no tenemos aún ninguna información.

Es factible que la subutilización de los recursos de la estancia y una mínima presencia humana, unida a la norma de residencia que generaliza el gentilicio de Aiquina para todos los residentes en los lugares dependientes de este pueblo, puedan explicar —en parte— la ausencia de datos documentales sobre el lugar. Así mismo, un cambio en las técnicas de explotación de los recursos y el consiguiente crecimiento demográfico, incidirían en la mayor abundancia relativa de referencias. Esto sería lo que estaría ocurriendo a mediados y fines del siglo xix, en que se encuentran, cada vez con mayor frecuencia, referencias a Toconce. Esto es particularmente claro en los papeles eclesiásticos y pensamos que coinciden con la presencia de un nuevo grupo humano en el lugar.

En el capítulo sobre las fuentes documentales transcribimos un asiento matrimonial realizado en 1892. En éste, la primera anotación que encontramos sobre Toconce en los registros parroquiales, ambos contrayentes figuran como nacidos y domiciliados en Toconce, de 28 años de edad. Lo primero que surge claro de este asiento matrimonial, es que —cuando menos 28 años atrás de la fecha del documento— Toconce tenía habitantes más o menos estables y que se reconocían del lugar. Esto es, en 1864. En la línea que seguimos, sin embargo, lo más interesante aparece en los nombres y apellidos de los progenitores; ambas madres llevan los apellidos que nuestros informantes reconocen como los “primeros” del lugar: Yere (Gere) y Lobera, en tanto que al menos uno de los padres, Cecilio Cruz, es un foráneo. Algunos informantes indican que era de Alota (Nor-Lípez) y otros lo mencionan, simplemente, como “de Bolivia”. Sobre Pio Berna no tenemos información aun cuando podría ser de Aiquina o de algunos de los otros pueblos de la región, puesto que es un apellido presente en la zona, pese a que también lo hemos encontrado en

algunos *ayllu* de Lúpez<sup>19</sup>. Esto resume la dinámica subregional introduciendo la presencia de estos nuevos pobladores los llameros de Lúpez y otros grupos altiplánicos.

Es sumamente coincidente que esta primera información sobre Toconce, con habitantes más o menos establecidos, mencione a Cecilio Cruz, un boliviano. De él se cuentan varias historias en Toconce; en general los lugareños lo recuerdan como el “ingeniero padrino Cecilio Cruz”, aludiendo con el “título” a sus condiciones de director de obras de ingeniería. Don Toribio Salvatierra nos contaba que “había sido lo más antiguo que me recuerde Cecilio Cruz, vivía aquí”. Don Natividad, un sabio abuelo, relataba:

- ¿Y cómo hicieron Pueblo Toconce?
- Así, por puros canales. Al tiempo de guerra han trabajado este canal.
- ¿En tiempo de guerra?
- Tiempo de guerra (...) Sí, todo esto pasó pa' bajo. Era el ingeniero. Ingeniero Padrino Cecilio Cruz (...) Claro, sí, vigilando la acequia cómo va ir<sup>20</sup>.

a lo que agrega don Toribio:

- Ahí vivía Cecilio Cruz con otro caballero. Entonces el canal era hasta por allá, a la vuelta no más y con el señor Manuel Mamani, él sabía cargar tiros para tronar, porque sabía... entonces él, con él trabajaron para allá. De ahí ya... ese fue el que hizo.

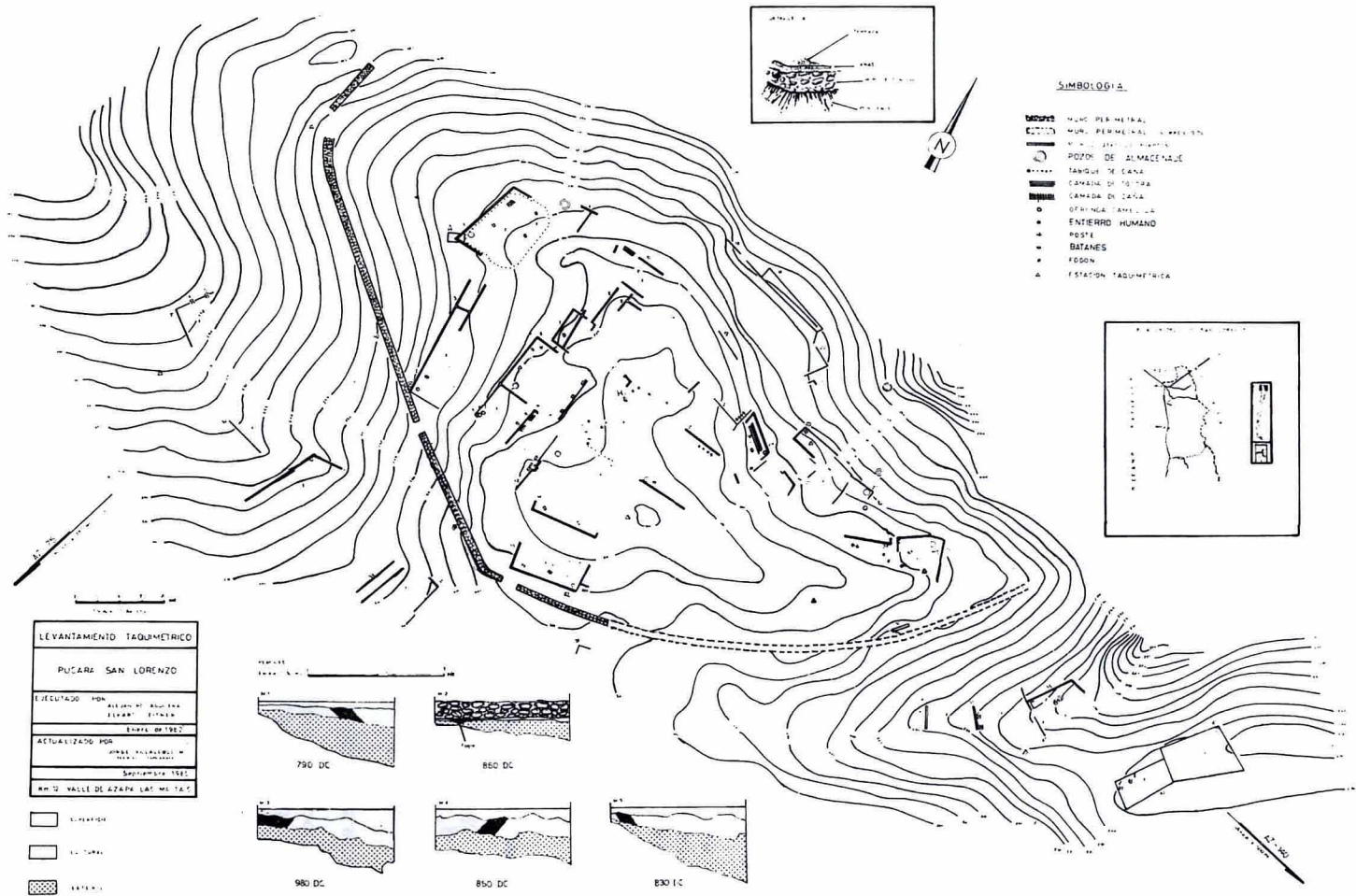
A Cecilio Cruz se le atribuye también la construcción de la pequeña capilla de San Santiago, ubicada en la cima de un montículo en el sitio arqueológico de Likán (Berenguer *et al.*, 1984: 186) y de la estructura de la actual, que fue posteriormente retachada. Don Víctor Berna nos relataba que también fue este hombre el que dirigió los trabajos de ampliación de la iglesia de Aiquina, por ese entonces muy estrecha para las necesidades de la comunidad. La impresión que nuestro personaje causó muchos años más tarde, en un observador foráneo como Hanson (1926: 370-371), es ilustrativa y aun cuando no menciona el nombre de Cecilio Cruz, nos parece que la sola mención a su apelativo de “Ingeniero de Toconce”, permite unir la descripción con la persona<sup>21</sup>.

Conocí uno de ellos que parecía tener algo de la genialidad y agresividad que construyó el imperio inca. Venía caminando por la Vega de Turi hacia Aiquina y me fue presentado como “el ingeniero de Toconce”. Un diablo sucio y mal vestido con la boca llena de coca, escupiendo lana a un primitivo huso mientras caminaba, muy orgulloso de su título. El es también la autoridad máxima en medicina de las aldeas y cuando lo encontramos iba en camino a visitar a un enfermo y a buscar un paquete con medicamentos que había pedido a Calama. Se le consideró ingeniero cuando midió (con pasos) la distancia de varios senderos y marcó con piedras el kilometraje. Luego, después, empezó a dar grados y niveles para los acueductos y los canales de riego. Todo lo hace al ojo y el acueducto de dos kilómetros que tiene Toconce y que va a lo largo del costado de un acantilado casi vertical es un trabajo ingenieril tan bueno como si estuviera hecho con los mejores niveles. También construyó dos molinos de maíz primitivos, uno en Toconce y otro en la Vega de Turi, que funcionan con la fuerza del agua extraída de las acequias de riego. Es una verdadera autoridad local, puesto que es el responsable de las construcciones más sólidas y de las casas más nuevas de Toconce. También fue construida bajo su dirección y con planos suyos, la iglesia de Toconce. La alineación de las vigas de cactus y la techumbre de paja de esta iglesia, demuestra oficio, lo que hace falta en las de Aiquina y Caspana. Y los pilares de piedra, labrada rústicamente, que van detrás del altar de la iglesia y que fueron hechos por él mismo, indican bastante destreza y una tendencia a la simplicidad, contrastando con el altar sobredorado de Caspana. El “ingeniero” no sabe leer ni escribir pero debe entender algo de matemáticas.

<sup>19</sup>En 1804, por ejemplo, el Padrón de Revisitas señala que el Alcalde de Aiquina se apellidaba Berna (Hidalgo, 1978: 107; Archivo Nacional de Bolivia, ANB, Revisitas N° 198) en tanto que en el *ayllu* de San Agustín, perteneciente a San Cristóbal (Nor-Lúpez) se menciona reiteradamente este apellido (ANB, Rev. N° 228 aa).

<sup>20</sup>Recogido por Victoria Castro, mayo 1983.

<sup>21</sup>Traducción libre. Agradecemos a Charim Edwards su cooperación.





esquinas que sorprende; las piedras están muy bien trabajadas y se advierte en la construcción, en general, un conocimiento sólido de parte de los edificadores<sup>25</sup>. En los restos de las casas de la estancia de Línzor, que también visitamos, si bien se advierte una mayor modestia en el uso de las dimensiones y materiales, se puede apreciar igualmente en varias construcciones un buen manejo técnico. Todo esto contrasta con el pueblo de Toconce, si bien hay que reconocer que éste ha ido cambiando con los años y que quedan pocas construcciones antiguas. Aquí la construcción se hace más tosca, lo que nos parece revelador de un posible menor manejo del trabajo en piedra. Nuestra hipótesis apunta a señalar, entonces, que el conocimiento de la cantería necesaria para la construcción de los canales, estaba en posesión de los originarios de Lítez que ocuparon inicialmente las estancias altas y no de los habitantes de la subregión, en concreto los de Aiquina, que ocupaban Toconce como estancia y que esta tecnología habría facilitado la ejecución de la obra dirigida por Cecilio Cruz.

En algunos relatos de los toconceños se puede advertir, asimismo, la conciencia de una superioridad técnica sobre los aiquineños:

—Así era, hemos trabajado mucho ahí (en Aiquina). Hemos empedrado el camino abierto p'al lado de Chiu-Chiu, esa quebrada. Mucho hemos trabajado por ahí.

—¿Puros de Toconce trabajaban?

—Puros de Toconce. Los de Aiquina trabajaban pero no sabían colocar ni una piedra, ni hacer nada (...).

Si, así eran. Mandando no más, ahora no... Chiu-Chiu más arriba hemos trabajado... bajamos puente del diablo.

(Natividad Berna).

En este relato que puede ser parcial, los toconceños aparecen como el centro de la actividad "urbanizadora" de la región. En ello insiste también don Víctor Berna quien, refiriéndose a los pobladores de Aiquina señala que "no saben nada".

Pero el que el conocimiento tecnológico suficiente para reutilizar las terrazas haya estado en posesión de los indígenas de Lítez y no de los de Aiquina u otros centros de la subregión, no basta para explicar la construcción de los canales. A ello, creemos, hay que agregarle la necesidad que tenían los pastores altiplánicos de obtener granos, lo que los habría llevado a intentar substituir a Aiquina, hasta entonces casi el único proveedor junto con Caspana, por Toconce; obteniendo un acceso más directo a los tan apreciados cultivos.

Deberíamos agregar que en ese momento, aparentemente, se produce un aumento en las presiones de distintos grupos por obtener este acceso; grupos que antes no estaban presentes en la región o que lo estaban de distinta manera. Hemos mencionado una presencia constante de pastores de Lítez en la subregión y en Toconce mismo.

Creemos que la llegada de Cruz coincide con la de varios otros pastores de Lítez que empiezan a instalarse en las vegas más altas y a ocuparlas en forma más permanente que la practicada hasta ese instante haciendo uso tanto de posibles derechos adquiridos como de su conocimiento de la zona y sus recursos, como lo mencionamos con anterioridad.

Para los actuales pobladores de Toconce resulta claro el proceso de "descuelgue" que se produjo desde el altiplano para ir ocupando paulatinamente la zona:

—Y cuando una familia se venía, así, de Argentina o de Bolivia y llegaba aquí, ¿a quién le pedían tierras?

—Parece que esas personas llegaban por allá, por Línzor, Tatio, por ahí. Por ahí no más llegaron. Llegaron y se radicaron ahí no más. Ahí se quedaron, los hijos bajaron pa' cá.

—¿En todas las estancias era igual? ¿era cuestión de quedarse no más?

—Era cuestión de quedarse, donde veía que había... ahí se quedaban.

—¿Y la gente que vivía en las estancias, los dejaban?

—Claro, porque no le molestaba a nadie tampoco y la gente aparecía, un poco... se

<sup>25</sup>Esta es una construcción muy especial. En primer lugar, y a diferencia de las otras casas existentes en la vega, tiene nombre propio (*K'ati suna*) y es ella la que da nombre al sector y no a la inversa, como ocurre con el resto. Su monumentalidad, los patios interiores, distintas puertas de acceso, etc. la destacan como algo único en la vega.

quedaba ahí (...) Llegaban por ahí no más. En Copacoyo también, mi abuelo tenía mucho (ganado); por Inacaliri. Ahí se quedaban, por ahí, ahí estaban, criaban a los hijos, esos ya bajaban pa'cá.  
(Toribio Salvatierra; el énfasis es nuestro).

Postulamos, como parte de nuestra hipótesis de trabajo que este proceso paulatino de ir ocupando primero las estancias y, posteriormente las tierras más bajas se da, en una primera etapa, contemporáneo o antecede con poco al período en el cual se rehabilitan las terrazas agrícolas de Toconce.

Según varios informantes, los Ayaviri llegan procedentes de Llica (prov. D. Campos) a las estancias de Inacaliri y Línzor; los Yufla, de San Agustín (Nor-Lípez) a las de Línzor y Potrero; los Choque, oriundos de Colca (¿Colcha? Nor-Lípez) a Inacaliri y Paniri. Más tarde llegan los Salvatierra, también de Alota, como Cruz, a Línzor e Inacaliri. En ese proceso y sin tener clara aún la procedencia, los Berna se asientan en las estancias del Tatio y Copacoyo; los Anza, en Potrero, en el lado hacia Toconce; los Cruz (de Bolivia), en Toconce y Copacoyo; los Huaca (también mencionados como bolivianos) en Línzor, etc.

Don Julián Ayaviri es, según los más viejos del lugar, el primero que se asentó definitivamente en Inacaliri. En una partida del Libro v de Matrimonios de la parroquia de Chiu-Chiu, se anota a Anastasia Ayaviri, hija del anterior, como nacida en Toconce en 1882 (APC, Libro v; p. 2, año 1907). Según don Juan Ayaviri, nieto del primero, éste llegó procedente de Llica con sus ganados a Inacaliri y se casó posteriormente con una toconcina. Este matrimonio figura en el Libro 3º de Matrimonios, a fs. 38, realizándose en 1865 y la contrayente figura como de Aiquina. De manera que tanto Julián Ayaviri como Cecilio Cruz aparecen en nuestros datos aproximadamente en una misma época. Sobre los Anza, como ya indicáramos anteriormente, tenemos la información procedente de la misma fuente parroquial, que tenían hijos nacidos en Toconce a fines del siglo XIX, en 1892 (APC, Libro IV de Matrimonios: p. 36).

De ser correcta nuestra hipótesis, a mediados del siglo pasado, por razones que desconocemos aún, se produjo una mayor afluencia de gente que —esta vez— empezó a quedarse en la zona. Platt (1982 Ms: 17) menciona algunas sequías en Lípez, particularmente la de 1861 ó 1862, que por ser tan violenta habría provocado la destrucción de las cosechas de Llica, provocando una ola de emigraciones hacia la costa del Pacífico; igualmente en 1879 hubo otra sequía generalizada en el altiplano de Lípez (Ibíd.: *loc. cit.*). No creemos que ésta pueda ser la única razón para explicar el proceso que señalamos en la subregión del río Salado, pero es evidente que fenómenos de esta índole bien pueden haber “gatillado” respuestas de este tipo.

Los inmigrantes son pastores. Hanson relata haber visto recuas de más de mil llamas cargando llareta hacia Chuquicamata (*Ob. cit.*: 368). Los toconcinos recuerdan que algunos de sus antepasados llegaron al lugar con mucho ganado y que aquí llegaron a tener rebaños cercanos al millar de animales o, en todo caso, de varios centenares (Valdés et al., 1983: 25). Esto exigía un sistema de estancias que, hasta donde sabemos, requería de un doble asentamiento: las llamas hembras deben estar separadas de los machos (Palacios, 1981: 217) y esto se aplicó en el sistema de estancias que los inmigrantes desarrollaron en la zona: los Berna tenían las llamas hembras en el Tatio y los machos en Copacoyo (informante Dora Cruz); los Ayaviri tenían los machos en Inacaliri y en el Línzor y Echao, las hembras<sup>26</sup> (informantes Pablo Ayaviri y Juan Ayaviri); los Salvatierra pastaban en Línzor las hembras e Inacaliri los machos (informantes Toribio Salvatierra). Este patrón de doble estancia juega además con otra variante: las estancias altas y bajas. Las primeras se usan en verano, cuando tienen buenos pastos y el frío no es excesivo, las segundas, cuando las nieves o el agotamiento del forraje obliga a los pastores a bajar. Todavía no tenemos claro cómo funcionaba esta parte del sistema, ni cuáles estancias son consideradas bajas. En el

<sup>26</sup>Si bien en su paso por la región, Riso Patrón anotó esta práctica, señaló que los Ayaviri tenían las hembras en Inacaliri y los machos en Laguna Colorada, al otro lado de la cordillera en el actual lado boliviano (1910: 159). Esto estaría en contradicción con lo expresado por los Ayaviri y por Salvatierra quienes, por separado, nos informaron que en Inacaliri pastaban las hembras y no los machos. Descartamos la posibilidad de que algunos tengan allí sus hembras y otros los machos, puesto que es eso precisamente lo que se quiere evitar. Queda la posibilidad de que sus informes se refieran a momentos históricos distintos.

caso de Inacaliri se nos explicó que, como era tan grande y abarcaba un plano inclinado, sus extremos operaban precisamente como alto-bajo; pero queda por aclarar el funcionamiento concreto.

Después de haber ocupado las estancias entre las que se incluye a Toconce, estos inmigrantes dieron origen al actual pueblo. El aporte de la migración surge nítido de las partidas de matrimonio. Entre los años 1892 y 1946, aparecen 30 partidas que mencionan a Toconce, de las cuales en 28 de ellas interviene al menos un contribuyente toconcano y las dos restantes son entre foráneos<sup>27</sup>. De los 28 matrimonios, 12 son de tipo endogámico, es decir, entre gente del mismo pueblo, los restantes son, con foráneos residentes en el pueblo o con lugareños de otros poblados. Es decir, el 57,14% de los matrimonios es exogámico. De este porcentaje, 6 son con personas de Aiquina; 4 con bolivianos; 3 con caspaneos y uno con gente de Conchi, Argentina y San Pedro, respectivamente. Considerando ambos tipos de matrimonios, de los 56 contrayentes, 16 son foráneos que residen en el pueblo por varios años y 40 son mencionados como toconcanos. Aunque la información no es clara para 21 de estos 40 individuos, 10 contrayentes tienen padres nacidos y casados en Aiquina y hay varios que, teniendo un padre nacido en Aiquina o Toconce, tienen el otro progenitor originario de Bolivia o Argentina. No hay referencias a padres nacidos en Caspana. De manera que el núcleo de toconcanos, propiamente tal, se reduce a sólo siete contrayentes con ambos antepasados en el lugar.

En contraste, en Aiquina entre 1833 y 1946, se registra un total de 47 matrimonios que consignan al menos un contrayente del lugar. De éstos, 33 son endogámicos (en el mismo sentido anterior) y 14 exogámicos; es decir, 70,21% y 29,78%, respectivamente.

La misma formación del pueblo presenta por lo que hemos podido percibir, aspectos que resultan interesantes al compararlos con Aiquina. De hecho, siendo Toconce un pueblo de construcción relativamente reciente, parecen no haber intervenido más elementos occidentales en su construcción que aquellos que los propios pobladores andinos no hubieran interiorizado. Ya tocamos algunos puntos de este proceso al señalar la posibilidad de que su construcción y aglutinamiento se hubiera iniciado en las puntas o extremos, lugares que poseen una valoración ritual (iglesia y altar, respectivamente) y que guardan un ordenamiento diferente al sector central. Inicialmente una pequeña capilla estuvo situada en medio de las ruinas arqueológicas, al frente del pueblo, bajo la advocación de San Santiago, pero tenemos la sospecha de que era usada más bien para los rituales y festividades propios de la comunidad que en las tareas de administrar los sacramentos católicos que requieren la presencia de un sacerdote. La primera referencia a un matrimonio en Toconce aparece, recién, en 1925 (APC, Libro v de Matrimonios: p. 42), aun cuando sabemos que la capilla más pequeña había sido construida con anterioridad por Cecilio Cruz (Aldunate *et al.*, 1982: 142; Berenguer *et al.*, 1984: 186). Probablemente ésta que aparece en 1925 sea ya la que refiere Hanson y que está ubicada en el pueblo. Inicialmente tenía techo de paja y así la fotografió Montandón (s/f ed.), más tarde se cambió a techo de zinc, ampliándola. Esta iglesia tiene un patio exterior cercado y su puerta curiosamente no mira al pueblo, sino al cerro que corta a Toconce por el sur-este. Es el punto, se nos informa, por donde entran los bailarines disfrazados de pareja de "viejos" en carnavales y por donde viene el canal de regadío. Antes de la construcción del edificio, como expresión de la relación comunitaria que unía ambos pueblos, los toconcanos usaban la iglesia de Aiquina para recibir los sacramentos cristianos administrados por un sacerdote.

El cementerio era también común a ambos pueblos y a los difuntos se les llevaba en unas angarillas, a lomo de mula, hasta el cementerio de Aiquina. El camposanto que tiene actualmente Toconce se construyó el año 1937. Ambas fechas, el retechamiento de la iglesia y su ampliación, así como la construcción del cementerio propio parecen coincidir con los momentos finales del proceso de ruptura de los vínculos comunitarios entre Aiquina y Toconce a los que hemos aludido anteriormente.

La ubicación de algunos lugares rituales resulta no arbitraria. Este es el caso del cementerio, la "plaza" donde se efectúan las quemas fúnebres y el sitio para realizar rituales propiciatorios.

<sup>27</sup>De un total de 106 registros matrimoniales, que incluyen casamientos en Aiquina, Caspana, Calama y Chiu-Chiu, realizados entre originarios únicamente de la subregión o de Lípez.

Los dos primeros, vinculados con “muerte”, se miran mutuamente desde una distancia aproximada de 2 km (Aldunate *et al.*, 1982: 141). Desde ellos, sin embargo, no se ve el pueblo, que queda oculto por unas colinas. Según Paulino Cruz, un joven toconchino, esto es así porque de otra manera las almas de los muertos podrían pasarse del cementerio al pueblo y molestar a los vivos (“hacer penaduras”). Por el contrario, desde el sitio en que se realizan los *waqui* o rituales propiciatorios para mejorar la salud, sí se mira el pueblo y no se alcanza a ver el cementerio. Se organiza a partir de esta oposición fundamental “muerte-vida”, una serie de opuestos que incluyen a las divinidades propiciatorias de los lugares, los gestos rituales y los objetos empleados durante las ceremonias.

Entre este sistema de creencias y la realidad física de los emplazamientos que él organiza, hay en el caso toconchino y hasta donde lo alcanzamos a percibir una complementación. No ocurre lo mismo con Aiquina, pueblo en el que el proceso urbano parece estar en contradicción con este sistema ideológico y con su distribución espacial.

Las diferencias en la articulación de espacios entre ambos pueblos, que no hemos percibido sino de manera realmente incipiente, señalan una importante línea de trabajo que debiera alumbrar aspectos relativos a los procesos de formación de los poblados de la subregión del río Salado y a los vínculos existentes entre ellos.

## Conclusiones

Se perciben en el lugar denominado Toconce, en forma diacrónica, diferentes tipos de ocupaciones humanas que han explotado de distintas maneras los recursos allí existentes.

A partir de los relatos de la misma gente de Toconce, se percibe una larga etapa de explotación del lugar como estancia ganadera, hasta que a mediados del siglo pasado afluye a la subregión una inmigración que siguiendo patrones tradicionales de movilidad e intercambio en el área, esta vez empieza a asentarse ya a colonizar las zonas de pastos más altos, transformándolas en estancias ganaderas. Esta gente proviene, sobre todo, del altiplano de Lípez. A este aumento en la presión demográfica en la zona corresponde al desarrollo, nuevamente, de la agricultura en Toconce, lo que se lograría con el aporte tecnológico de los pobladores altiplánicos. Una vez desarrollada la agricultura —construidos los nuevos canales— Toconce se transforma en un polo de atracción para los habitantes tanto de la cuenca del Salado como de las áreas vecinas, lo que incrementa su importancia subregional.

Vemos que el pueblo, por otra parte, empieza a aglutinarse partiendo desde sus extremos hacia el centro, siguiendo aparentemente pautas muy normadas que todavía requieren de una investigación. Este proceso de nucleamiento se refuerza con la llegada de nuevos habitantes que, hasta ese momento, residían en sus estancias y que se ven obligados a abandonarlas por la sequía provocada con las aducciones de agua hacia los centros urbanos. El proceso parece culminar, en su etapa expansiva, con la instalación de la escuela, lo que motiva a los últimos habitantes a trasladarse al pueblo. En este momento, la ganadería parece estar francamente en crisis y la agricultura se percibe como una alternativa de subsistencia.

Hoy, Toconce oscila entre la mantención de una población suficiente para asegurar su continuidad y la amenaza de un despoblamiento frente a atractivos económicos más fuertes para las generaciones jóvenes. Con todo, no se puede hablar con seguridad de un proceso de despoblamiento, dado que aquellos que han salido por mucho tiempo empiezan a regresar ahora. Y es posible que las generaciones jóvenes repitan ese camino.

La dinámica de los procesos subregionales parece alcanzar, en los últimos 150 años, un ritmo acelerado. Comparativamente, en este último período habrían ocurrido más cambios profundos que durante el lapso que se extiende entre el siglo xvii y la primera mitad del xix. Pero hay que distinguir la naturaleza de estos cambios. En tanto los que dieron origen a Toconce son el resultado de una sociedad en plena capacidad creativa, los que motivaron el paso de una economía agroganadera a otra de énfasis fundamentalmente agrícola son la consecuencia de una presión externa, de carácter impositivo, que acarrea situaciones de destrucción.

Aun cuando nuestro conocimiento al respecto es todavía incompleto, se puede afirmar con cada vez mayor certeza que la cuenca de Salado pareciera haber funcionado como una “zona de contacto” y articulación entre diversos grupos, algunos de ellos de tradición cultural altiplánica y

otros de tradición cultural de los oasis y el desierto. Queda por delante la tarea de identificar con mayor precisión a estos grupos, aun cuando ya conozcamos mejor el aporte por lo menos, de algunas poblaciones procedentes del altiplano de Lipez. Definir las formas concretas de articulación y explotación de los recursos es también otra tarea que debe emprenderse.

Por todo ello nos resulta cada vez más claro que el esfuerzo debe hacerse multidisciplinariamente. Hasta aquí, esta estrategia ha rendido buenos frutos y debe seguir haciéndolo.

Hemos podido reconstruir, a grandes rasgos, los mecanismos y situaciones históricas concretas que dieron por resultado el surgimiento y nucleamiento del pueblo de Toconce, así como percibimos, aun cuando sea superficialmente, el impacto que esto tuvo en la subregión. Pero lo hemos hecho a partir del relato oral toconchino, es urgente el estudio de los procesos —similares o no— de los demás pueblos de la zona, así como abordar el caso Toconce desde la perspectiva de los pobladores no toconchinos.

Por último, en torno a la elaboración de analogías entre los grupos actuales y los prehispánicos debemos reconocer que, si bien el panorama resulta más complejo que como lo supusiéramos inicialmente, no vemos un quiebre tan radical entre las prácticas culturales y adaptativas tradicionales de uno y otro grupo; por lo que creemos válidas y útiles tales analogías y el uso del método histórico directo, hasta que nuevos antecedentes no nos obliguen a revisar nuevamente esta cuestión. Pareciera encontrarse en la presencia y permanencia de habitantes de Lipez en la zona a lo largo de varios siglos, un elemento que puede ser clarificador y definitorio en este tema.

### Agradecimientos

Al World University Service, por el financiamiento del Proyecto “Perfil Histórico del poblamiento aymara en una subregión del altiplano chileno” y al Departamento del Desarrollo Científico de la U. de Chile, Proyecto F 1435-8433 “Sistemas de asentamiento en el Loa Superior: patrones arqueológicos y etnográficos”, que posibilitó nuestras estadas en terreno.

Los materiales citados de los Archivos Nacional de Bolivia (ANB) e Histórico de Potosí (AHP), hemos podido revisarlos gracias al Proyecto 1073-84 de CONICYT, que está actualmente en desarrollo.

A mis colegas y amigos del grupo Toconce, Carlos Aldunate, José Berenguer, Victoria Castro, Pilar Alliende, Luis Cornejo y Carole Sinclair. Este trabajo es resultado también de sus ideas, de sus orientaciones, de sus aportes. En ese sentido es igualmente de ellos.

A nuestros informantes, sin los cuales este trabajo hubiera sido imposible: J. Ayaviri; P. Ayaviri; M. Berna S.; N. Berna A.; V. Berna; J. Copa; D. Cruz; P. Cruz; D. Escalier; T. Salvatierra y F. Saïre.

### REFERENCIAS CITADAS

- |  |  |
|--|--|
| ALDUNATE, C. y<br>V. CASTRO<br>1981                  | <i>Las chullpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior período Tardío.</i> Eds. Kultrún, Santiago.  |
| ALDUNATE, C. et al.<br>1981                          | Estudio etnobotánico en una comunidad precordillerana en Antofagasta: Toconce. <i>Boletín del Museo Nacional de Historia Natural</i> ; 38: 183-223, Santiago                                   |
| ALDUNATE, C.;<br>J. BERENGUER y<br>V. CASTRO<br>1981 | La función de las <i>chullpa</i> en likán. <i>Actas del 7º Congreso de Chile</i> : 129-174; Eds. Kultrún, Santiago.  |
| ARELLANO, J y<br>E. BERBERIAN<br>1981                | Mallku: el señorío Post-tiwanaku del altiplano sur de Bolivia (provincias Nor y Sud Lipez-Depto. de Potosí). <i>Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos</i> . T x: 1-2: 51-84, Lima. |
| BAHAMONDE, M.<br>1978                                | <i>Diccionario de voces del Norte de Chile</i> ; Ed. Nascimento, Santiago.   |

- BERENGUER, J.  
1983  
El Método Histórico Directo en Arqueología. *Boletín de Prehistoria de Chile*. 9:63-72; U. de Chile, Santiago.
- BERENGUER, J. *et al.*  
1973 (Ms)  
*Algunos problemas derivados del análisis de los censos generales de población (1907-1970)*. Depto. de El Loa, Provincia de Antofagasta; I Congreso del Hombre Andino. Arica - Antofagasta - Iquique.
- BERENGUER, J.;  
C. ALDUNATE y  
V. CASTRO  
1984  
Orientación orográfica de los chullpas en Likán: la importancia de los cerros en la Fase Toconce; *Simposio Culturas Atacameñas. 44 Congreso Internacional de Americanistas*: 175-220; U. del Norte, Antofagasta.
- BERTRAND, A.  
1885  
Memorias sobre la exploración a las cordilleras del desierto de Atacama *Anuario Hidrográfico de la Marina* año x; Santiago.
- BITTMAN, B.;  
LE PAIGE y  
L. NUÑEZ  
1978  
*Cultura Atacameña*: Ministerio de Educación, Santiago.
- BOWMAN, I  
1940-42  
Los senderos del Desierto de Atacama; *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Vol. LXXXIX, N° 97: 185-298 y Vol. xcii, N° 100: 239-351; Santiago.
- CAJIAS de la VEGA, F.  
1975  
*La provincia de Atacama 1825-1842*; Ed. Universo, La Paz.
- CAPOCHE, J.  
1959 (1585)  
Relación general de la Villa Imperial de Potosí; *Biblioteca de Autores Españoles*, T. 122:5-221; Eds. Atlas, Madrid.
- CASASSAS, J.M.  
1974 a  
1974 b  
*La región Atacameña en el siglo xvii*; U. del Norte, Antofagasta.
- 1974 c  
*Iglesias y capillas en la región atacameña: Administraciones españolas y bolivianas*; U. del Norte, Antofagasta.
- CASTRO, V. *et al.*  
1979  
Noticias demográficas sobre la región atacameña durante el siglo xviii; *Estudios Atacameños*. 2.: 75-92; U. del Norte, San Pedro de Atacama.
- CASTRO, V.;  
C. ALDUNATE  
y J. BERENGUER  
1983 (Ms)  
1984 (Ms)  
Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período Tardío; Toconce. *Actas del VI Congreso de Arqueología de Chile*. Vol. II: 477-498; Eds. Kultrún, Santiago.
- CASTRO, V.;  
C. ALDUNATE  
y J. BERENGUER  
1983 (Ms)  
1984 (Ms)  
Orígenes altiplánicos de la Fase Toconce; *Simposio de Arqueología Atacameña*; San Pedro de Atacama.
- CAVIERES, A.  
1985 (Ms)  
*El Complejo Toconce-Mallku: una adaptación altiplánica en la cuenca del río Salado*; Santiago.
- COBO, Fray B.  
1964 (1653)  
*Estudio del efecto de las políticas de uso de los recursos hídricos del altiplano chileno sobre las comunidades de pastores aymaras*. Informe final Proyecto wus; Santiago.
- DALENCE, J.M.  
1851  
Historia del Nuevo Mundo; *Biblioteca de Autores Españoles*, T. 91-92. Eds. Atlas, Madrid.
- DIRECCION GENERAL  
DE ESTADISTICA  
1925  
*Bosquejo estadístico de Bolivia*; Imprenta de Sucre, Chuquisaca.
- 1931  
*Censo de Población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920*; Soc. Imp. y Litografía Universo, Santiago.
- GOMEZ, C.  
1980  
*Resultados de X Censo de la Población efectuado el 27 de noviembre de 1930*; Imprenta Universo, Santiago.
- GOMEZ PARRA, D.  
1981-82  
*La comunidad Campesina indígena del Loa Superior*; Tesis de grado de Licenciatura en Antropología Social, U. de Chile, Santiago.
- 1982  
Los pueblos andinos de la Segunda Región y su alimentación tradicional. Cuadernos de Filología. 15-16: 49-80; U. de Antofagasta, Antofagasta.  
Narrativa tradicional atacameña; Hábitat; Cultura; Corpus. *Cuadernos de Filología*, 17: 1-110; U. de Antofagasta, Antofagasta.

- GONZALEZ, A.R.  
1980 Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio; implicancias socioculturales; *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. XIV, 1: 63-82; Nueva Serie; Buenos Aires.
- HANSON, E.  
1926 Out-of-the-world villages of Atacama; *Geographic Review*; Vol. 16: 365-377; Nueva York.
- HIDALGO, J.  
1978 Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama, desde 1752 a 1804. Las revisitas inéditas de 1787-1792 y 1804; *Estudios Atacameños*. 6: 53-111; San Pedro de Atacama.  
1982 a Culturas y etnias protohistóricas: Area Andina Meridional; *Chungará*, 8: 209-225, U. de Tarapacá, Arica.  
1982 b Fechas coloniales de fundación de Toconao y urbanización de San Pedro de Atacama; *Chungará*, 8: 255-264; U. de Tarapacá, Arica.  
1984 Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica; *Simposio Culturas Atacameñas, 44 Congreso Internacional de Americanistas*; 221-249; U. del Norte, Antofagasta.
- LEHNERT, R.  
1978 Acerca de las minorías étnicas de los Andes de la I y II Región. *Cuadernos de Filología, Documentos de Trabajo*. 1. U. de Chile, Antofagasta.  
1981-82 Presencia del Runa-Simi en el sector atacameño; *Cuadernos de Filología*. 15-16: 29-47; U. de Antofagasta, Antofagasta.
- LOZANO MACHUCA, J.  
1885 /1581/ Carta del factor de Potosí... al virrey del Perú, en donde se describe la provincia de los Lípes; *Relaciones Geográficas de Indias. Perú*. Tomo II, Apéndice III: XXI - XXVIII; Madrid.
- MARTINEZ, J.L.  
1984 (Ms) *Dinámicas de un sistema de asentamiento: las actuales comunidades del Alto Loa*. Informe de avance de investigación, Proyecto F. 1435-8433, U. de Chile; Santiago.
- MONTANDON, R.  
s/f ed. Iglesias y Capillas coloniales en el desierto de Atacama. *Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales*, 2, Santiago.
- ORTIZ de ZUÑIGA, I.  
1972 /1562/ *Vista de la Provincia de León de Huánuco...*; Univ. Nacional Hermilio Valdizan; Huánuco.
- PALACIOS, F.  
1981 Tecnología del pastoreo; *La Tecnología en el mundo andino*; Lechtman, H. y A.M. Soldi (Eds.): 217-232; Univ. Nacional Autónoma de México; México.
- PINO MANRIQUE, J. del  
1836 /1787/ Descripción de la villa de Potosí y de los Partidos sujetos a su Intendencia. De Angelis (Ed.), *Colec. de Obras y documentos relativos a la historia... de las provincias del Río de la Plata*; T. II. Imprenta del Estado, Buenos Aires.
- PLATT, T.  
1982 Ms The ayllus of Lipez in the 19<sup>th</sup> Century. Tribute, Forced Commercialization and Monetary Crisis; *44 Congreso Internacional de Americanistas*; Manchester.
- RISO PATRON, L.  
1910 *La línea de frontera con la República de Bolivia*; Imprenta Lito-Universo; Santiago.  
1918 Diario de viaje a las cordilleras de Antofagasta y Bolivia (1903-1904); *Revista Chilena de Historia y Geografía*; Vol. XXVII, 31: 152-184; Santiago.
- RUDOLPH, W.  
1928 El Loa; *Revista Chilena de Historia y Geografía*; Vol. LIX, 63: 66-89; Santiago.
- SAIGNES, T.  
1984 Quiénes son los Callahuayas: Nota sobre un enigma histórico; *Espacio y Tiempo en el mundo Callahuaya*: 111-129, Gisbert, T. et al.; Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz.  
1984 (?) Ms *Notas de geografía histórica: en busca del poblamiento étnico de los Andes Bolivianos (siglos XV y XVI)*; La Paz.
- SERRACINO, G.  
y R. STEHBERG  
1975 Vida pastoril en la precordillera andina; *Estudios Atacameños*, 3: 81-99; U. del Norte, San Pedro de Atacama.
- VALDES, X. et al.  
1983 *Historias testimoniales de mujeres del campo*; PEMCI - Academia de Humanismo Cristiano; Santiago.

VALENZUELA, B.  
1969-70

VAZQUEZ de ESPINOZA, A.  
1948 /1630/

WALCOTT, F.C.  
1925

Epítome etnográfico de la cuenca del río Salado. Provincia de Antofagasta, Chile; *Boletín de Prehistoria de Chile*. 2-3: 75-99; U. de Chile, Santiago.  
*Compendio y descripción de las Indias Occidentales*; Smithsonian Institution; Washington.

An expedition to the Laguna Colorada, Southern Bolivia; *Geographical Review*, Vol. 15, 3: 345-366; Nueva York.





